

DOI: 10.17234/SRAZ.66.3

UDK: 821.134.2.09 Ercilla y Zúñiga, A. de

UDK: 821.134.2-13.09

Original scientific paper

Recibido el 29 de octubre de 2020

Aceptado para la publicación el 18 de octubre de 2021

## Reflexiones para una propuesta de clasificación de la poesía épica colonial

Javier de Navascués  
Universidad de Navarra  
jnavascu@unav.es

Se propone una clasificación de la poesía épica colonial a partir de tres términos: fronteriza, fundacional y religiosa. La épica culta en español se afirma con la primera parte de *La Araucana* (1565). El éxito del poema de Ercilla mueve a otros poetas a incursionar en esta temática. El poema de Ercilla se convierte en el modelo de los poemas épicos producidos hasta la segunda mitad del siglo XVII. Después, aun siendo un poeta muy considerado, no es tan determinante como para los autores de la denominada épica fundacional.

*Palabras clave:* Poesía épica-Araucana-Literatura colonial-Épica de la frontera-Épica fundacional

Los estudios dedicados a la épica se han centrado desde siempre en *La Araucana* como texto fundacional. El linaje de estas apreciaciones se remonta al romanticismo americano, cuando se la encumbra como el poema “nacional” por excelencia. Andrés Bello la llama la “Eneida de Chile”, país “único hasta ahora de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico” (Valero Juan 2017: 124). Posteriormente, tanto los discursos políticos como académicos han llegado a establecer que “Chile antes de ser un país fue un poema”, como dice Raúl Zurita. Si la invención de una nación se apoya en el compromiso comunitario en torno a ciertos estereotipos consensuados, entonces Chile, como tierra privilegiada de la poesía, sería un lugar común especialmente satisfactorio para sus poetas...Entretanto, en las historias de la literatura solo la secuela de Oña, el *Arauco domado*, obtenía algunos renglones y otros títulos como la *Christiada* de Hojeda y *El Bernardo* de Balbuena eran considerados profundamente “españoles” (Alborg 1970: 944-956). Pero, en cuanto a fecundidad editorial, tanto a un lado como al otro del Atlántico, todos los poemas quedaban muy por debajo del texto canónico de Ercilla. En consecuencia, la poesía épica culta en conjunto se convirtió en la hermana pobre de los géneros literarios del Siglo de Oro. Algunas décadas más tarde, a partir del auge de los estudios coloniales en los años 80, las historias literarias precisaron la búsqueda y

recogieron mayores explicaciones<sup>1</sup>. Fueron tímidos avances que, no obstante, señalaban un panorama más complejo.

En los últimos años, la épica colonial parece haber dejado su existencia fantasmal, como destaca Marrero-Fente (2017), y comenzado a cobrar algo de cuerpo. Varios volúmenes colectivos, números de revistas y monografías, además de un buen puñado de artículos, refrendan un renovado interés dentro del pequeño mundo de los estudios literarios<sup>2</sup>. De todas formas, parece que todavía queda por hacer en los enfoques más generales. No extraña que las caracterizaciones de la poesía épica hispana de tema americano hayan seguido partiendo de presupuestos heredados de la crítica tradicional hasta hace poco. Se ha establecido que la poesía épica exalta en un estilo sublime los hechos heroicos, predominantemente militares, de un individuo o una colectividad. Los acontecimientos de la conquista serían de tal magnitud que reclamarían su representación en el marco del género narrativo más elevado (Piñero Ramírez). La diferencia con respecto a la épica ibérica o italiana de los siglos XVI y XVII estribaría en la atención al suelo americano, muy en concreto a hechos casi contemporáneos. Sin embargo, una ojeada actual a algunos de los autores más citados (Ercilla, Miramontes, Castellanos, Barco Centenera, etc.) manifiesta una tensión entre la exaltación de las conquistas y la constatación de sus debilidades; o, como señala Firbas, entre “el orden imperial” y el “desorden colonial americano” (Firbas 2006: 79-82). Volvamos a *La Araucana*: que un poema épico exprese no solo una profunda admiración por los enemigos, sino que denuncie los atropellos y la codicia de los españoles es un punto obligatorio de partida, más allá de que se haga, o no, desde presupuestos antiimperialistas.

La épica hispana en América referiría, por tanto, los hechos de la conquista, si bien su texto canónico por excelencia, *La Araucana*, otorgaría un estatus igualmente heroico a los indígenas que resistieron al invasor (Avalle-Arce). Se puede decir, profundizando en esta línea, que la épica áurea (no solo colonial, por cierto) a la vez que glorifica a España, considera la dignidad de sus enemigos. Y del mismo modo, se acusa a los propios españoles de innobles y codiciosos. Esta peculiaridad, por decirlo así, ha sugerido, desde una perspectiva comparatista que trasciende lo hispano, una división entre la “épica de los vencedores” y la “épica de los vencidos” (Quint). Frente a un linaje de obras inspiradas por Virgilio que exaltarían las cualidades de quienes vencieron, existiría otra corriente, cuyo referente sería la *Farsalia* de Lucano, que vindicarían la voz de los derrotados. Entre ellas se encontraría *La Araucana*, así como otras piezas del corpus hispánico

---

<sup>1</sup> Piñero Ramírez informaba de 26 autores (1982: 186-188) y Peña (1996: 252-279) sumaba unos pocos más al incluir el siglo XVIII. En la *Historia de la literatura hispanoamericana* dirigida por Madrigal (1981) se dedicaban capítulos a Castellanos Balbuena y Hojeda, además de, por supuesto, a Ercilla. Oviedo registra a regañadientes en 2 páginas 8 poemas, aparte de *La Araucana* y las *Elegías de varones ilustres* (1995: 170-172).

<sup>2</sup> Sin ser exhaustivo, valgan las contribuciones de Firbas (2000, 2006, 2008), Blanco (2003), Segas (2013, 2015, 2016, 2017), Choi (2014, 2019), Plagnard (2018, 2019), Navascués (2016), Valero Juan (2017), además del propio Marrero Fente (2017), etc.

en América, como la *Historia de la Nueva México* (1610) de Gaspar de Villagrà. La estela de Ercilla fue importante y es fácil rastrearla más allá de los poemas del llamado ciclo araucano.

## Un corpus problemático

Frank Pierce (1968: 336-352) aportó en su día un utilísimo corpus de obras épicas escritas entre 1500 y 1700. Allí comparecían obras escritas en la Península y sobre tema puramente español y otras gestadas en América. Un repaso de ese catálogo nos permite aún hoy intuir el importante número de poemas que fueron escribiéndose a lo largo de los siglos XVI, XVII e incluso XVIII, sin que, por cierto, todos se relacionen siquiera indirectamente, con *La Araucana*. Sin embargo, es inevitable observar que ha pasado mucho tiempo desde entonces. El número de obras estudiadas ha ido creciendo en los últimos años y han aparecido ediciones de textos apenas mencionados por el estudioso irlandés. A la hora de reproducir un panorama global siguen surgiendo problemas irresueltos o poco tratados. Uno de ellos tiene que ver con el mismo punto de partida: a saber, el corpus del que se dispone. Además del eterno déficit en la literatura colonial de los textos desconocidos o desaparecidos, emergen otras cuestiones, como la inscripción de obras y autores en el corpus. La temática y/o el origen americanos, respectivamente, parece haber sido el criterio de base. Pero tenemos, por ejemplo, a un Bernardo de Balbuena (autor americano por su biografía, ya que no por su nacimiento) cuya obra máxima es el *Bernardo*, de tema fundamentalmente peninsular. ¿De qué modo inscribir el *Bernardo* en el canon colonial? El caso inverso lo constituyen los escasos autores españoles que jamás pisaron América y que se interesan épicamente por ella. De entrada, se les incluye en los estudios de literatura hispanoamericana, como le ocurre al leonés Santisteban Osorio, autor de la *Cuarta y Quinta parte de la Araucana*. Pero aquí la crítica es curiosamente medrosa. A casi nadie parece haberle llamado la atención que se acepte en los manuales al madrileño Gabriel Lobo Lasso de la Vega por sus dos versiones de la conquista de Cortes y, en cambio, se retroceda con Lope de Vega por su *Dragontea*, pieza fundamental del llamado ciclo de Draque. Se acoge a los secundarios, pero a Lope se le deja en su podio peninsular.

Los problemas siguen sin agotarse si seguimos atendiendo al corpus escrito en América. ¿Qué hay, por ejemplo, de los poemas que cuentan la pasión y muerte de Jesucristo o la vida y milagros de tal o cual santa o santo en estilo heroico? De toda la producción épica de los siglos XVI y XVII en España y América, los poemas de tema sacro constituyen el 40% del total (Vélez Marquina 2017: 159). Es una proporción nada desdeñable que indica la popularidad de unos temas poco relacionables con los eventos históricos de la conquista. ¿Cómo encuadrar la *Christiada* de Hojeda o la *Vida de San Ignacio* de Domínguez Camargo al mismo nivel que los poemas dedicados a la lucha encarnizada contra la piratería inglesa o la resistencia indígena? Con razón se ha observado que no es posible presentar a *La Araucana* como modelo por excelencia de todo un conjunto de obras cuyo

centro de interés es la exaltación de la devoción católica a través del lenguaje codificado de la épica culta (Vélez Marquina 2017: 157).

En las páginas siguientes trataré de mostrar una clasificación más sistemática que tenga en cuenta el carácter propio de la épica colonial, así como tendré en cuenta que *La Araucana* no fue el único modelo en el que se inspiraron sus autores. En consecuencia, propongo que se comprenda el corpus de la épica sobre la América colonial en torno a tres grupos: la épica fundacional, la épica fronteriza y la épica religiosa. Cada uno de estos se define por un espacio determinado, tiene un patrón propio de autores y público, e incluso un periodo cronológico de predominio frente a los otros dos. Por razones de espacio me detendré en los dos primeros grupos, ya que, como veremos, ambos se complementan, mientras que el tercer grupo, el religioso, transcurre, en cierta forma, al margen de los otros dos<sup>3</sup>.

### Épica fronteriza

Pedro de Valdivia, después de consolidar sus posiciones entre La Serena y Santiago del Nuevo Extremo en la década anterior, se lanzó en 1550 a la conquista del sur de Chile. Fundó Concepción ese mismo año y, tras cruzar la frontera del río Bío Bío, fue poblando otras ciudades: La Imperial (1551), Valdivia (1552), Villarrica y Angol (1553). El proceso de asentamiento se reforzó con distintos fortines que aseguraban las comunicaciones: Arauco, Tucapel y Purén. El desarrollo colonizador fue inusitadamente veloz, sobre todo si se compara con las dificultades iniciales que encontraron los españoles al atravesar el desierto de Atacama hacia el sur. Sin embargo, las extorsiones de los nuevos señores sobre la población indígena enseguida encendieron la mecha de la rebelión. El gobernador Valdivia fue tomado prisionero en batalla y murió a manos de los araucanos. Doce años más tarde, un soldado y testigo de los sucesos posteriores publica en Madrid la primera parte de *La Araucana* que se inicia con estos sucesos. El texto canónico por excelencia de la épica americana tiene su origen en una política fundacional frustrada. Leído de acuerdo con su contexto, los problemas que presentaba la resistencia heroica del pueblo mapuche al empuje español de su tiempo, *La Araucana* no es un poema fundacional, sino de frontera. Paradójicamente la historia posterior, al releer el poema desde los parámetros postcoloniales, le ha atribuido el carácter fundador de la nación chilena independiente.

El éxito de *La Araucana* engendró en las décadas siguientes una serie de poemas que, de forma independiente unos de otros, fueron formando la imagen de un imperio amenazado por disensiones internas y externas. El enemigo estaba fuera, en remotas fronteras de difícil acceso como el Estrecho de Magallanes, o en costas de poca seguridad. Los piratas ingleses, franceses u holandeses eran los invasores temidos y admirados al mismo tiempo. *Armas antárticas*, *Espejo*

---

<sup>3</sup> Aunque solo en cierto modo, ya que hay textos como la *Vida de Santa Rosa de Lima* o *Nuestra Señora de Copacabana* en donde se imbrica la temática religiosa con la épica fundacional.

de paciencia, *La Florida, Argentina y conquista del Río de la Plata, Arauco domado*, el censurado *Discurso del capitán Draque*, o *La Dragontea* se centran parcial o totalmente en contar las dificultades de las autoridades para combatir la lacra de la guerra de corso. Para colmo el orden colonial también se tambaleaba en el interior, en territorios que solo nominalmente pertenecían al rey de España. Los enemigos internos podían ser los indígenas rebeldes como aquellos araucanos de Ercilla, “gente que a ningún rey obedecen (I, 2)”. Más allá de los cinco grandes poemas del ciclo araucano, otros espacios y pobladores formaban parte de la resistencia: chiriguano, pueblo, kunas, charrúas... *Argentina y conquista del Río de la Plata Alteraciones del Dariel, Historia de la conquista de la Nueva España* nos presentan la dura y no siempre eficaz tarea de doblegar a esas poblaciones.

Otro límite desde dentro a la autoridad colonial se producía en torno a los palenques de los cimarrones, sociedades de esclavos fugitivos que llevaban una vida independiente en el interior de las fronteras imperiales. *Armas antárticas* dedica parte de sus cantos a recordar la alianza entre piratas ingleses y cimarrones, desbaratada por las tropas españolas. Y, de una forma u otra, el elemento afroamericano está presente en textos como *La Dragontea* o *Alteraciones del Dariel*. Así, la épica colonial va delineando un conjunto de espacios en disputa, fronteras que no solo son geográficas, sino emocionales. Los lugares del combate, más o menos alejados de los centros (Lima o México, pero también La Habana, Santiago de Chile o Asunción), exponen la relatividad del poder colonial, las amenazas a las que tiene que enfrentar.

La frontera, por tanto, determina un grupo de poemas que se singularizan por su espacio y las precarias medidas de control sobre él. Varios rasgos perfilan a la épica fronteriza colonial. El primero, tal vez el más inmediato, tiene que ver con la procedencia de sus cultivadores. Los autores de esta épica fronteriza suelen ser hombres familiarizados con el mundo de las armas: soldados como Ercilla, Miramontes, Pérez de Villagrà, Arias Saavedra o el anónimo autor de *La guerra de Chile*. También algún que otro clérigo capellán de tropas españolas, como Barco Centenera. En todo caso, se trata de testigos de los acontecimientos. No pocas veces ellos mismos asoman en su poema como personajes.

Por otra parte, la mayoría de los poemas fronterizos se escriben en un arco cronológico muy claro: entre 1569, fecha de la primera parte de *La Araucana*, y en torno a 1610, cuando se imprime la *Historia de la Nueva México*.

El principal modelo de estos autores, además de Virgilio, Lucano o Ariosto, es naturalmente Ercilla. Gracias a la popularidad de su poema, la resistencia araucana sirvió de objeto de comparación con otros procesos. Respecto a la representación de los héroes, es fundamental tener en cuenta que *La Araucana* no se cifra en un único personaje principal. Llama la atención la amplia nómina de personajes que pinta Ercilla, sin que algunos héroes individuales (sobre todo, indígenas como Lautaro, Caupolicán o Tucapel), terminen de llenar del todo el escenario. Los comandantes españoles están pintados borrosamente y a veces con tintes negativos. El propio poeta asume cierto papel de importancia en ocasiones, pero sobre todo desempeña una función de testigo privilegiado.

La gloria colectiva se encamina, pues, a las armas españolas, que son el objeto de alabanza. La *propositio* de Ercilla es clara: no han de cantarse gentilezas, “mas el valor, los hechos, las proezas”/ de aquellos españoles esforzados”. Y Miramontes lo remacha de nuevo. Él desea exaltar “las armas y proezas militares/ de españoles cathólicos valientes/ que por ignotos y soberbios mares/ fueron a dominar remotas gentes” (I, 1-4). El esfuerzo, el honor, la destreza de un presunto héroe individual son desplazados hacia un logro comunitario. *La Araucana* marca la pauta de la que solo se aparta con toda intención el *Arauco domado*. Pero la elevación de una figura única fue solo un empeño cortesano de Pedro de Oña, quien asumió el reto de convertir a su protector, Don García Hurtado de Mendoza, en héroe épico. Las secuelas posteriores volvieron los ojos a *La Araucana* e, incluso en algún caso como el *Purén indómito*, se refutó a Oña desde el mismo título. La colectividad heroica también preside otros poemas fronterizos como *Armas antárticas*, *Argentina y conquista del Río de la Plata*, *Historia de la Nueva México*. Ya sea frente a los piratas ingleses, cimarrones, indios charrúas o pueblos, los españoles combaten en conjunto, sin que sobresalgan los líderes de modo permanente. Pueden resaltarse, sí, algunos personajes en tal o cual episodio, pero ninguno llena el poema de forma hegemónica.

En esta despreocupación por el héroe individual la épica colonial de frontera se aparta de sus precedentes medievales (*el Mio Cid*, *la Chanson*), pero sobre todo se aleja del gran modelo contemporáneo que no es otro que Virgilio. *La Eneida* mostraba un ideal heroico vinculado a un personaje que, si bien carecía de la estatura de un Aquiles o un Odiseo, representaba las virtudes del ciudadano romano. Eneas es el ejemplo de padre fundador de un imperio gracias a su pericia guerrera y, sobre todo, a sus cualidades morales. Su obediencia al destino prefijado por el orden divino le lleva a dejar a un lado su comodidad personal y seguir la ruta hasta el Lacio. El amor de la reina Dido es un peligro que trasciende el varón consciente de su misión fundadora.

Hay razones históricas que explican este desinterés por la formulación de un modelo heroico individual. El corpus épico colonial se desarrolla sobre todo a partir del éxito de *La Araucana* a lo largo de cincuenta años. En ese medio siglo, entre la década de 1560 y hasta los primeros años del siglo XVII, las realizaciones de los conquistadores estaban siendo puestas en cuestión, tanto en América como en la metrópoli. De hecho, la mayoría de ellos había sido apartada del poder a partir de la segunda mitad del siglo XVI. En Nueva España el virrey Antonio de Mendoza marginó a su llegada en 1535 a Cortés, Montejó o Alvarado y formó su propia red clientelar. A la larga otras familias españolas recién llegadas se situaron en los puestos estratégicos del poder. Surgieron nuevos apellidos (los Albornoz, los Cervantes, los Villanueva, los Altamirano, etc.) que desplazaron a los primeros colonizadores (Bernand y Gruzinsky 1999: 142). Entretanto, en Perú, al comprobar que su situación de privilegio empeoraba con la constitución de las Leyes Nuevas, encabezaron la gran rebelión en 1544 que concluyó con la decapitación de Gonzalo Pizarro. Así poco a poco, en los virreinos los poderosos peninsulares empezaron a explotar sus conexiones con la burocracia, la Iglesia, el virrey, la Audiencia, los cabildos. La generación de

los conquistadores se convirtió en una presencia incómoda para la formación de la administración colonial.

En el siglo XVI, a falta de héroes con nombre y apellidos a los que recurrir en el pasado inmediato, la colectividad se pone en movimiento con un propósito defensivo: proteger las tierras dadas a España por la providencia para extender la fe católica. Este mecanismo es el que pone en marcha Miramontes en *Armas antárticas*, ya que es la comunidad de heroicos españoles la que debe movilizarse frente a las agresiones externas de los herejes, demostrando así su lealtad a la monarquía con independencia de la decisión directa de esta. La cuestión, pues, del buen gobierno y su defensa de las fronteras, no atañe directamente al rey de España, tan lejano. Ni siquiera se destaca en especial la intervención providencial de unos virreyes que, al no identificarse con el dedicatario Montesclaros, tampoco requieren ser especialmente defendidos. Es la colectividad criolla quien es ensalzada en el poema (Mazzotti 2016: 201-210).

El espacio épico, por tanto, refleja las tensiones de un poder en crisis. Un fragmento interesante que podemos extraer de la tradición épica fronteriza corresponde al poema de Martín del Barco Centenera, *Argentina y conquista del Río de la Plata* (1602). El texto incorpora en estilo pedestre un sinfín de anécdotas asociadas a la colonización de esta zona para entonces lejana y desconocida del imperio. Como tantos otros relatos de Indias, la narración histórica se acompasa con el testimonio personal. Su autor, eclesiástico extremeño que vivió en América del Sur en el último cuarto de siglo XVI, cuenta con mayor detalle aquellos sucesos que conoció de cerca e incluso se asoma como personaje en alguno de ellos. En el Canto XXIII refiere el III Concilio de Lima, en el que participó como secretario. Por culpa de ciertas intrigas vinculadas al acontecimiento, acabó cayendo en desgracia ante las autoridades civiles y eclesiásticas. En un gesto de espontaneidad, el poeta recuerda en su tono tan expresivo como vulgar:..., Por do me vi en pobreza y gran laceria;/ mas nunca jamás pude yo olvidarte,/España, dulce amiga, cuyo hipo/ me trajo sin sosiego y el Filipo, (Barco Centenera 1998: 346). Todo esto viene a cuento de la añoranza de España y del muy remoto rey Filipo tras la experiencia del fracaso en América y el desamparo del narrador personaje ante sus autoridades locales. En efecto, en la *Argentina...* los virreyes sucesivos son figuras desdibujadas, que apenas aparecen y no se muestran demasiado superiores al resto de los mortales. Tienen muy poco poder efectivo desde su capital, Lima, sobre los indígenas más belicosos e, incluso, sobre los indómitos colonizadores españoles que habitan las lejanas tierras del Río de la Plata. El virrey Toledo fracasa en su expedición contra los chiriguano y actúa como gobernador injusto en su castigo de Topamaro (Túpac Amaru I); el adelantado Ortiz de Zárate abusa de su poder una y otra vez y se enfrenta personalmente al propio Barco Centenera; el gobernador Juan de Garay, “de prudencia falto”, muere en una emboscada por imprudente, etc.

A su vez, las dificultades de consagración de la *auctoritas* imperial tienen claros ejemplos en las obras ligadas al ciclo araucano. De entrada, *La Araucana* toma, sin la espontaneidad de Barco Centenera, el tema de la crítica de las autoridades locales abonado con las dificultades personales que el mismo Ercilla tuvo con el

futuro virrey García Hurtado de Mendoza. El comienzo de la guerra lo provoca, como se recordará, la codicia de Valdivia. Después, el conflicto se difunde sin que aparezca un líder claro entre los conquistadores que termine de sofocarlo. Medidas desacertadas, crueldad y temeridades sin cuento por parte de los gobernadores españoles, están en la base de otros poemas posteriores sobre la guerra contra el araucano: *Purén indómito* y *La guerra de Chile*.

## Épica fundacional

Frente a la épica fronteriza en América, la fundación épica parte de una situación de consolidación del estatus colonial, a partir del cual el poder busca legitimarse mediante un relato mitificador. El esquema argumental se invierte: narrados desde una posición mucho menos dramática, los poemas fundacionales tienen la misión de explicar los orígenes de una comunidad desde la llegada del héroe a América. La conquista de los territorios se legitima a partir de una visión maniquea de enfrentamiento entre Dios y un Satanás empeñado en que la idolatría siga presente en América o que, en su defecto, la herejía protestante llegue a través de los piratas. Los conquistadores son instrumentos afortunados de la providencia dentro de una política imperial sostenida por el interés evangelizador. La narración desde la frontera, como acabamos de ver, resulta mucho más problemática, ya que manifiesta la crisis del poder en los márgenes del imperio.

La construcción de un relato centrado en un individuo fundador de una ciudad y un imperio se apoya en el esquema argumental de la *Eneida*. Sin embargo, la épica colonial del siglo XVI, pese a su reverencia virgiliana, no se mostró especialmente interesada en elevar a los altares a los individuos particulares. Pizarro y su familia apenas tuvieron algún poema que cantase en exclusiva sus hazañas. Tampoco Valdivia, Quesada o Belalcázar aseguraron la atención de un poema singular.

Solo nos queda una excepción fundamental: Cortés. El conquistador de México generó una serie de poemas, que luego ha sido conocido como el ciclo cortesiano: en el siglo XVI lo componen el *Nuevo Mundo y conquista* (1570-1580 aprox.) de Francisco de Terrazas, la primera parte de *Cortés valeroso* (1588), y la segunda revisada, *Mexicana* (1594), de Gabriel Lobo Lasso de la Vega, y *El Peregrino Indiano* (1599) de Antonio de Saavedra Guzmán<sup>4</sup>. Es notable que la figura de Cortés no fuera objeto de comparación con la de Eneas en las crónicas de la conquista y sí lo fuera, en cambio, en estos cuatro poemas (Río Torres Murciano 2019: 70). La asimilación virgiliana sin duda tiene que ver con la postulación imperialista de una empresa fundacional bendecida por la divinidad. Como el héroe troyano, el español surcaba los mares hasta dar con un reino prometido en donde debería

---

<sup>4</sup> Hay otros títulos, hoy perdidos o que nos han llegado fragmentados en unas pocas octavas reales recogidas por Baltasar Dorantes; son los poemas de José de Arrazola Salvador Cuenca, Bernardo de Vega y Luis Ángel Betancourt (Reynolds 1978: 32-34).



vencer a los latinos-aztecas y fundar una nueva capital. Tanto el troyano como el español son favorecidos por las instancias divinas en su travesía en barco, superando tempestades. La llegada a México es la fundación de una Nueva España, reino cristiano que destierra los sacrificios humanos, implantados por las fuerzas infernales. La conquista es resultado de los designios de la providencia cristiana. Así, el pueblo azteca, sumido en el pecado por su idolatría, se recupera para la fe a través de su instrumento, Hernán Cortés.

*El peregrino indiano* de Saavedra Guzmán es uno de los ejemplos paradigmáticos de épica fundacional, por su idealización de la materia narrada, su representación heroica del protagonista y por sus mismas condiciones de producción. Su autor, Antonio de Saavedra Guzmán, no era un guerrero que hubiera participado en los hechos, como bastantes épicos fronterizos, sino un criollo que se jactaba de formar parte de un linaje que se remontaba a Fernando III de Castilla y tenía a antiguos conquistadores entre sus antepasados más recientes. Hacia 1585 fue corregidor en Zacatecas y, debido a un conflicto con las autoridades, perdió su cargo. Decidió entonces viajar a España para reclamar al rey. Durante el viaje compuso el poema en el que reivindica la figura de un Cortés que fue capitán de su ancestro familiar.

Saavedra afirma que la intención de su poema es resaltar la talla de un héroe hasta entonces poco reivindicado. Antes Lobo Lasso de la Vega había escrito sus dos versiones de la conquista por encargo del hijo del conquistador, don Martín. En uno y otro caso la vindicación era necesaria, puesto que un manto de silencio más o menos oficial había caído sobre el conquistador. De hecho, en el siglo XVI parece detectarse en la épica fundacional una consciencia de que no se ha cantado suficientemente la gloria del Nuevo Mundo. Esto es lo que hace a Antonio Saavedra justificarse por contar en verso épico las hazañas de Cortés<sup>5</sup>.

Pero si hay una épica reivindicativa y fundacional donde las haya, esta se encuentra en el enorme proyecto de las *Elegías de varones ilustres* de Juan de Castellanos. Allí se construye “un presente subordinado a un pasado grandioso” (Restrepo 1996: 210), de modo que la serie de semblanzas épicas e históricas de los conquistadores constituye un fresco para mayor gloria de la nueva sociedad colonial. La crítica tradicional se ha desvelado, como en tantos otros casos de la literatura colonial, en cerciorarse si las *Elegías* son historia versificada o poema épico. Seguramente se trata de un falso problema: no hay disyunción, sino hibridación. Si Castellanos eligió la octava real y no la prosa, era porque necesitaba destacar su materia a través de la forma prestigiosa de la épica, con todos sus elementos distintivos más allá del verso, desde las arengas a la revista de tropas y la descripción de batallas. Más aún: las *Elegías*, sin pretender salirse del discurso histórico, pertenecen a la corriente fundacional de la épica colonial<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Así se justifica su escritura en el comienzo del Prólogo del autor a su obra: “Pareciéndome tan justo que no quedasen sin memoria los hechos de Hernando Cortés, marqués del Valle, y los demás que ganaron la Nueva España...” (Saavedra Guzmán 1880: 13).

<sup>6</sup> Aunque, por su misma extensión, algunas partes puedan corresponder a lo que acabo de clasificar a la épica fronteriza. Tal el caso del Discurso del capitán Francisco Draque, cuya denuncia de la incompetencia de las autoridades motivó su censura.

Como ha puesto de relieve Restrepo, el acontecimiento de la fundación de ciudades distingue a Castellanos de los primeros cronistas en prosa de Nueva Granada. A partir de aquí las sucesivas muertes de las grandes individualidades (de ahí el título elegíaco) van configurando una genealogía heroica que legitima la posesión del reino recién fundado en América.

Con todo, la épica fundacional cobra mayor protagonismo en los siglos XVII y XVIII. En la Península empiezan a publicarse epopeyas que rememoran la historia de resistencia de los reinos cristianos frente a los musulmanes: *La restauración de España* (1602) y *El patrón de España* (1612) de Cristóbal de Mesa; *La conquista de la Bética* (1612) de Juan de la Cueva; *El Pelayo* (1605) de López Pinciano; la *Jerusalén conquistada* (1609) de Lope de Vega... En América salen, a su vez, *El vasauo* (1635) de Oña, *Poema del asalto y conquista de Antequera* (1627) de Rodrigo de Carvajal y Robles, así como el más importante de todos, *El Bernardo* (1624) de Balbuena. A la vez, una subespecie de la épica, la poesía corográfica, se cultiva en los panegíricos a las capitales de los virreinos: *Grandeza mexicana* de Balbuena o el *Poema heroico hispano latino panegírico de la fundación y grandezas de la muy noble y leal ciudad de Lima* de Rodrigo de Valdés valen como ejemplos. En este tipo de poemas se exalta las cualidades de las dos grandes capitales criollas de la colonia desde una tipología que debe más a la fórmula del panegírico de Claudiano que a la épica latina, sea de Virgilio o de Lucano.

La primera mitad del siglo XVIII tiene un texto importante por su resonancia ideológica como es la *Lima fundada* (1732) de Pedro Peralta y Barnuevo. Nada queda de las reticencias en el proceso colonizador emprendido por los Pizarro y todo sirve para la exaltación grandilocuente de la fundación y consolidación colonial de la Ciudad de los Reyes como resultado de la alianza de las oligarquías criollas y peninsulares (Mazzotti 2016: 316-326). El héroe fundacional aquí es Francisco de Pizarro quien, como un nuevo Eneas, atraviesa los mares para erigir la ciudad no en Roma, sino en antártico suelo<sup>7</sup>. Pizarro, que había tenido un poema anónimo y pionero en 1538, apenas tuvo quien cantara épicamente sus hechos a lo largo del siglo XVI y XVII<sup>8</sup>.

Volviendo de nuevo los ojos a Hernán Cortés, su ciclo se retoma en el mismo siglo, probablemente gracias a la fortuna de la *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís (1684). Deben citarse las *Cortesiadas* de Cortés y Osorio (MS 3887 de la BN de Madrid), la *Hernandiada* (1755) de Francisco Ruiz de León, o las *Cortesiadas* neolatinas de Pedro de Paradinas<sup>9</sup>. Antes vimos cómo

<sup>7</sup> “Canto las armas y el varón famoso/ que al vasto nunca imaginado imperio/que de un nuevo orbe a otro orbe es prodigioso/ paso el del confín Hesperio” (Peralta 1723: 172). Estos son los primeros versos, la *propositio*, de *Lima fundada*.

<sup>8</sup> El reclamo de un Virgilio español que cantase la fundación del reino peruano colonial ya estaba presente en el siglo anterior, como muestran Mazzotti (2016: 166 n. 42) y Vinatea (2018). El poema de *Fundación y grandezas de Lima* de Fernando Valdés tiene a Francisco Pizarro como héroe virgiliano, tal y como señala Vinatea aunque, en mi opinión, no con la extensión de *Lima fundada*.

<sup>9</sup> Briesemeister da el nombre de otras epopeyas neolatinas del siglo XVIII, también algunas dedicadas a Colón por autores italianos y alemanes.

la exaltación heroica se ha relacionado con un interés en reivindicar el linaje de los encomenderos (Saavedra), la genealogía americana de los conquistadores (Castellanos) o el estatus criollo de la sociedad urbana colonial (Peralta). Es notable que, al mismo tiempo, estos poemas sobre héroes individuales se asocian desde la Península a una relectura apologética del pasado colonial, enfrentado a las polémicas sobre la leyenda negra. La Ilustración española se revuelve contra las críticas de los enciclopedistas. En 1777 la Real Academia Española propone un concurso para poemas épicos cuyo tema sea la obra de Cortés en México. A él concurren 58 autores: Viera y Clavijo, Nicolás Fernández de Moratín, Vaca de Castro o Iglesias de la Casa entre otros (Galván González 1991: 195).

## Conclusión

La problematización de la autoridad en un territorio periférico como el de la frontera es clave para la comprensión de los primeros poemas épicos coloniales. Un mundo frágil: este es el paisaje de la América dominada de forma precaria por España y sometida a una permanente amenaza exterior e interior. *La Araucana* marca el rumbo de la mayor parte de los poemas del último cuarto del siglo XVI y las primeras décadas del XVII. El abandono de un ingrediente básico del género, como es el ejercicio de las armas, se erige en un motivo recurrente en pasajes de *La Araucana*, *Armas antárticas*, *Elegías de varones ilustres*, *Argentina y la conquista del Río de la Plata*, *La guerra de Chile* o el *Purén indómito*. La narración de la desidia o la codicia de los conquistadores expone amenazas a la continuidad del sistema. En efecto, a las tensiones externas se unen de vez en cuando las propias de la sociedad colonial, convulsionada por las actitudes de muchos de sus miembros más relevantes. No es casual que los desastres naturales (terremotos, tempestades) o las derrotas militares se atribuyan a las debilidades y pecados de gobernantes, encomenderos o simples colonos. La épica fronteriza de fines del siglo XVI y comienzos del XVII desnuda los miedos de una clase dirigente que elabora una imagen del enemigo y construye sus propios argumentos de legitimación que no son siempre lineales ni monológicos. No en vano los autores de los poemas fronterizos acostumbran a ser testigos de los acontecimientos y se presentan, incluso, actuando dentro de la narración. Es importante tener en cuenta, por último, que estos poemas suelen replantearse el problema de la violencia colonial, como refiere Plagnard (2019) para *La Araucana*.

A esta épica de la frontera (tiempo contemporáneo; héroe colectivo; combates defensivos; reconocimiento del otro, épica de los “vencidos”) corresponde y, en buena medida, sucede cronológicamente una épica fundacional (héroes individuales, tiempo pasado, exaltación de las grandes conquistas, épica de los vencedores). La distinción entre una corriente y otra puede tener en cuenta los espacios, ya que la épica fronteriza ubica el conflicto en los márgenes del imperio: costas del Caribe o del Pacífico, desiertos de Norteamérica, bosques impenetrables de la Araucanía. La épica fundacional, por el contrario, refiere sobre todo sucesos relacionados con la conquista de los grandes reinos anteriores a la llegada de los españoles. De esa violencia se engendra la fundación del imperio.

Pero las diferencias entre una y otra involucran, como hemos visto, otros aspectos. Escrita desde las ciudades letradas, la poesía fundacional busca la legitimación del estatuto colonial. Es patente, además, la relación de estos poemas épicos con los panegíricos de las urbes coloniales, centros del poder político y letrado. Sus autores suelen ser eruditos, seglares o eclesiásticos, que ya no asumen el papel de testigos de los hechos. Recopilan informaciones, mencionan sus fuentes y, sobre todo, están interesados en establecer una continuidad histórica entre los hechos de la conquista y el presente colonial. La configuración del ciclo de Cortés en la segunda mitad del siglo XVI tiene continuidad en el XVIII, lo mismo que Francisco Pizarro, tras un lapso importante de tiempo posterior a su muerte, acaba convirtiéndose en el héroe originario del virreinato de Perú cuya cabeza reside en Lima, la ciudad por él fundada.

Terminemos con una última reflexión. Si, como vimos, el éxito del poema de Ercilla movió a otros poetas a incursionar en la temática americana, *La Araucana* se convierte en el modelo por excelencia de los poemas épicos producidos hasta los primeros compases del siglo XVII, aquellos que transcurrían en la tormentosa frontera del dominio hispano. Sin embargo, cuando las capitales virreinales empiezan a construir su propio discurso de glorificación, Ercilla, aun siendo un poeta muy considerado, no es tan determinante para los autores de la denominada épica fundacional.

## Bibliografía

- Alborg, Juan Luis (1970). *Historia de la literatura española*. Tomo 1, Madrid: Gredos.
- Avallé-Arce, Juan Bautista (2000). *La épica colonial*, Pamplona: Eunsa.
- Barco Centenera, Martín (1998). *Argentina y Conquista del Río de la Plata*. Ed. Silvia Tieffemberg. Buenos Aires: UBA.
- Bernand, Carmen y Gruzinsky Serge (1999). *Historia del Nuevo Mundo II. Los mestizajes*, México: Fondo de cultura económica.
- Blanco, Mercedes (2013) La épica áurea como poesía, en: *Los géneros poéticos del Siglo de Oro: centro y periferias* [Eds. Rodrigo Cacho y Anne Holloway], Woolbridge: Tamesis, pp. 13-30.
- Briesemeister, Dietrich (2013) Un nuevo poema épico neolatino las *Cortesias* del jesuita Pedro Paradinas, en: *Studia Philologica Valentina*, 15, 12, 25-46.
- Choi, Imogen (2014) “De gentes que a ningún rey obedecen”: Republicanism and Empir in Alonso de Ercilla’s *La Araucana*, en: *Bulletin of Hispanic Studies* 91.4, pp. 417-435.
- Choi, Imogen (2019). La presencia oculta de Torquato Tasso en la Tercera parte de *La Araucana* de Alonso de Ercilla (1589-90), *Bulletin Hispaniqueç*, 121, pp. 73-101.
- Ercilla, Alonso (1998). *La Araucana*, [ed. Isaías Lerner], Madrid: Cátedra.
- Firbas, Paul (2000). Escribir en los confines: épica colonial y mundo antártico, en: *Agencias criollas. La ambigüedad colonial en las letras hispanoamericanas*, [ed. J.A. Mazzotti] Pittsburgh: Instituto internacional de literatura iberoamericana, pp. 191-213

- Firbas, Paul (2006). Juan de Miramontes: armas y letras antárticas, en: Miramontes, Juan de. *Armas antárticas*, Lima: Pontificia universidad católica del Perú, pp. 15-155.
- Firbas, Paul (2008). *Épica y colonia*, Lima: Universidad de San Marcos.
- Galván González, Victoria (1991). El episodio de la destrucción de las naves por Cortés en dos autores del siglo XVIII: *Las naves de Cortés destruidas* de Nicolas Fernández de Moratín y *El segundo Agatocles o Cortés en la Nueva España* de José Viera y Clavijo, en: *Revista de Filología* 10, pp. 195-204.
- Huidobro, Gabriela (2017). *El imaginario de la guerra de Arauco: mundo épico y tradición clásica*. Santiago: Fondo de cultura económica-Universidad Andrés Bello.
- Madrigal Luis Íñigo (1982). *Historia de la literatura hispanoamericana. Época colonial*, [ed. Luis Íñigo Madrigal], Madrid: Cátedra.
- Marrero-Fente, Ramiro (2017). *Poesía épica colonial del siglo XVI. Historia, teoría y práctica*, Madrid: Iberoamericana.
- Mazzotti, José Antonio (2016). *Lima fundida. Épica y nación criolla en el Perú*, Madrid: Iberoamericana.
- Miramontes, Juan de (2006). *Armas antárticas*, [ed. Paul Firbas], Lima: Pontificia universidad católica del Perú
- Navascués, Javier de (2016). Alteridad y mimesis del pirata en la épica colonial, en: *Hipogrifo*, 4.1, pp. 43-63
- Nicolopulos, James (2000). *The Poetics of Empire in The Indies. Prophecy and Imitation in La Araucana and Os Lusíadas*. Pittsburgh: The Pennsylvania University Press.
- Oviedo, José Miguel (1995). *Historia de la literatura hispanoamericana. De los orígenes a la Emancipación*, Madrid: Alianza.
- Peña, Margarita (2006). La poesía épica, en: *Historia de la literatura hispanoamericana. Del Descubrimiento al Modernismo*, [eds. Roberto González Echevarría y Enrique Pupo-Walker], Madrid: Gredos, pp. 252-279.
- Peralta Barnuevo, Pedro (1732). *Lima fundada*, Lima: Imprenta de Francisco Sobrino y Bados.
- Pierce, Frank (1968). *La poesía épica española*, Madrid: Gredos.
- Piñero Ramírez, Pedro (1982), La poesía épica, en: *Historia de la literatura hispanoamericana. Época colonial*, [ed. Luis Íñigo Madrigal], Madrid: Cátedra, pp. 161-182.
- Plagnard, Aude (2018). ¿Epopéyas imitativas y refundadoras? El caso de Alonso de Ercilla y Jerónimo Corte-Real, en: *Revista Epicas*, 1,2, pp. 1-21. <https://www.revistaepicas.com/copia-numero-1>. (5-10-2020).
- Plagnard (2019). *Une épopée ibérique: Alonso de Ercilla y Jerónimo de Corte-Real (1569-1589)*. Madrid: Casa de Velázquez.
- Quint, David (1993). *Epic and Empire: Politics and Generic Form from Vergil to Milton*, Princeton: Princeton University Press.
- Restrepo, Luis F. (1996). Imbricaciones de un proyecto histórico fundacional: la historia y las formas ilustres en las *Elegías de varones ilustres* de Juan de Castellanos, en: *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, LI.2, pp. 201-249.
- Reynolds, Winston A. (1978). *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro*, Madrid: Editora nacional.

- Río Torres Murciano, Antonio (2019). Eneas en México. Recreaciones épicas de la llegada de Cortés, *Cuadernos de Filología clásica. Estudios latinos*, 39.1., pp. 69-92.
- Saavedra Guzmán, Antonio (1880). *El peregrino indiano*, México: José María Sandoval impresor.
- Segas, Lise (2013). La navigation dans l'épopée Armas antárticas de Juan de Miramontes (1607-1610): l'odusee d'un monde colonial à la derive, en: *Contre courants, vents et marées. La navigation maritime et fluviale en Amérique Latine (XVII-XIX siècles)*, Burdeos: Presses universitaires, pp. 153-178.
- Segas, Lise (2015). Le cycle de Drake: fortune littéraire d'une épopée transatlantique au tournant du XVII siècle, en: *Bulletin Hispanique*, 117-1, pp. 231-258.
- Segas, Lise (2016). Mujeres indígenas en la épica histórica hispanoamericana, en: *Hipogrifo*, 4.1., pp. 119-138.
- Segas, Lise (2017) Cimarrones y corsarios. De la realidad histórica a la épica colonial, en: *Hipogrifo*, 5-2 pp. 241-260.
- Segas, Lise (2019). *La épica en el mundo hispánico (Siglo de Oro)*, en: *Bulletin Hispanique* 121-1.
- Valero Juan, Eva (2017). *Ercilla y La Araucana en dos tiempos*, Sevilla: Renacimiento.
- Vega, María José y Lara Vilà (2010) *La teoría de la épica en el siglo XVI (España, Francia, Italia, Portugal)*, Vigo: Academia, del Hispanismo.
- Vélez Marquina, Elio (2017). Transformaciones americanas de la épica culta: hagiografía y posicionamiento criollo en *Vida de Santa Rosa*, en: *Viajeros, crónicas de Indias y épica colonial* [eds. Mariela Insúa y Jesús Menéndez Peláez], Nueva York: IDEA, pp. 141-194.
- Vinatea, Martina (2018). Francisco Pizarro, el héroe hacedor de mitos, en: *Hipogrifo* 6.1, pp. 217-226.

### Reflexions for a proposition of classification of colonial epic poetry

We propose a classification of colonial epic poetry based on three terms: border, foundational and religious. The learned epic in Spanish became established with the first part of *La Araucana* (1565). The success of Ercilla's poem prompts other poets to venture into this topic. Ercilla's poem becomes the model for epic poems written up to the second half of the seventeenth century. Later, even though he was a highly-regarded poet, he is not as essential for the authors of the so-called foundational epic.

*Ključne riječi:* Epsko pjesništvo, Araucana, kolonijalna književnost, epsko pjesništvo o granici, utemeljiteljsko epsko pjesništvo